



EVANGELIO DEL DOMINGO

Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33b-45

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro mandaron recado a Jesús, diciendo:

-«Señor, tu amigo está enfermo.» Jesús, al oírlo, dijo: -«Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.» Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: -«Vamos otra vez a Judea.» Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: -«Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: -«Tu hermano resucitará.» Marta respondió: -«Sé que resucitará en la resurrección del último día.» Jesús le dice: -«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le contestó: -«Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenías que venir al mundo.» Jesús sollozó y, muy conmovido, preguntó: -«¿Dónde lo habéis enterrado?» Le contestaron: -«Señor, ven a verlo.» Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: -«¿Cómo lo quería!» Pero algunos dijeron: -«Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?» Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: -«Quitad la losa.» Marta, la hermana del muerto, le dice: -«Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días.» Jesús le dice: -«¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: -«Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.» Y dicho esto, gritó con voz potente: -«Lázaro, ven afuera.» El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: -«Desatadlo y dejadlo andar.» Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

CONTENIDOS DE LA HOJA SEMANAL

- **Evangelio:** Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33b-45
- **Testimonio:** Paul Claudel
- **Magisterio:** C.V.II Gaudium et Spes (GS, 10) Los interrogantes del hombre
- **Tradición:** San Cirilo de Jerusalén, Dr. De la Iglesia (año 386).

PAUL CLAUDEL

Nació en París en 1868. Se hizo diplomático y representó a su país brillantemente por todo el mundo, además de ser escritor y poeta. Es la Navidad de 1886. El mismo narrará, veintisiete años después, lo sucedido: "Así era el joven que el 25 de diciembre de 1886, fue a Notre-Dame de París para asistir a los oficios de Navidad. Entonces empezaba a escribir y me parecía que en las ceremonias católicas, (juzgadas por mi parte sin ningún tipo de cultura religiosa) encontraría un estimulante apropiado y la materia para, algunos ejercicios decadentes de tipo periodístico. Los niños del coro vestidos de blanco estaban cantando lo que después supe que era el Magnificat. Yo estaba cerca del segundo pilar a la entrada del coro. Entonces fue cuando se produjo el acontecimiento que ha dominado mi vida. En un instante mi corazón fue tocado y creí. Creí, con tal fuerza de adhesión, con tal certidumbre, que después, todos los avatares de mi agitada vida, no han podido sacudir mi fe, ni, a decir verdad, tocarla. De repente tuve el sentimiento desgarrador de una verdadera revelación inefable.

La divina Providencia se servía de elementos misteriosos para alcanzar y abrir finalmente el corazón de un pobre joven desesperado por la falta de sentido de su vida. **"¡Qué feliz es la gente que cree! ¿Si fuera verdad? ¡Es verdad! ¡Dios existe, está ahí! ¡Es alguien, es un ser tan personal como yo! ¡Me ama! ¡Me llama!"**. Las lágrimas y los sollozos acudieron a mí, reforzados por el canto tan tierno del Adeste Fidelis, donde, sin embargo, se mezclaba un sentimiento de miedo ya que mis convicciones filosóficas permanecían intactas. El edificio de mis opiniones permanecía en pie y yo no le encontraba ningún defecto. La religión católica seguía pareciéndome el mismo tesoro de absurdas anécdotas. Sus sacerdotes y fieles me inspiraban aversión. Sin embargo un ser nuevo y formidable, con terribles exigencias para el joven y el artista que era yo, se había revelado.

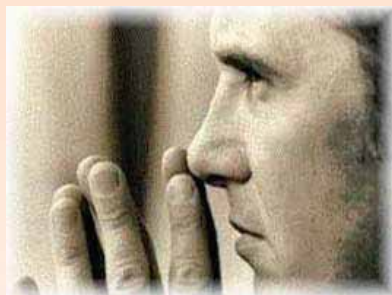
Lo que para mis opiniones y mis gustos era lo que más rechazaba, resultaba ser, sin embargo, lo verdadero. ¡Ah! ¡Al menos no sería sin que yo tratara de oponer toda la resistencia posible! Esta resistencia duró cuatro años. Utilicé todos los medios de resistencia imaginables y al final tuve que ceder. Esta fue la gran crisis de mi existencia, esta agonía del pensamiento. ¡La noche! **Los jóvenes que abandonan tan fácilmente la fe, no saben lo que cuesta reencontrarla y al precio de qué torturas. El pensamiento de todas las bellezas y de todos los gozos a los que tendría que renunciar -así lo pensaba- si volvía a la verdad, me retraían de todo.** Pero, en fin, la misma noche de ese memorable día de Navidad, después de regresar a mi casa, tomé una Biblia que una amiga alemana había regalado en cierta ocasión a mi hermana Camille. Por primera vez escuché el acento de esa voz tan dulce y a la vez tan inflexible de la Sagrada Escritura, que ya nunca ha dejado de resonar en mi corazón.

Yo sólo conocía por Renán la historia de Jesús y, fiándome de la palabra de ese impostor, ignoraba incluso que se hubiera declarado Hijo de Dios. Cada palabra, cada línea, desmentía, con una majestuosa simplicidad, las impúdicas afirmaciones del apóstata y me abrían los ojos. Cierto, lo reconocía con el Centurión, sí, Jesús era el Hijo de Dios. Era a mí, a Paul, entre todos, a quien se dirigía y prometía su amor.. ¿Y qué me importaba el resto del mundo después de este ser nuevo y prodigioso que acababa de revelármese?" "Así hablaba en mí el hombre nuevo. Pero el viejo resistía con todas sus fuerzas. El pensamiento de revelar a todos mi conversión y decírselo a mis padres... manifestarme como uno de los tan ridiculizados católicos, me producía un sudor frío. Pero sentía sobre mí una mano firme. El gran libro que se me abrió y en el que hice mis estudios, fue la Iglesia. ¡Sea eternamente alabada esta Madre grande y majestuosa, en cuyo regazo lo he aprendido todo.

C.V.II Gaudium et spes (GS, 10)

Los interrogantes más profundos del hombre

10. En realidad de verdad, los desequilibrios que fatigan al mundo moderno están conectados con ese otro desequilibrio fundamental que hunde sus raíces en el corazón humano. Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. **A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones;** se siente, sin embargo, ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior.



Atraído por muchas sollicitaciones, tiene que elegir y que renunciar. **Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere y deja de hacer lo que querría llevar a cabo.** Por ello siente en sí mismo la división, que tantas y tan graves discordias provoca en la sociedad. Son muchísimos los que, tarados en su vida por el materialismo práctico, no quieren saber nada de la clara percepción de este dramático estado, o bien, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para ponerse a considerarlo.

Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan el convencimiento de que el futuro del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos. Y no faltan, por otra parte, quienes, desesperando de poder dar a la vida un sentido exacto, alaban la insolencia de quienes piensan que la existencia carece de toda significación propia y se esfuerzan por darle un sentido puramente subjetivo. Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales:

¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal?

Cree la Iglesia que **Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro.** Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, **quien existe ayer, hoy y para siempre.** Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época.

San Cirilo de Jerusalén, Doctor de la Iglesia (año 386).

San Cirilo nació hacia 315 cerca de Jerusalén y fue Arzobispo de esa ciudad durante 30 años. Era un hombre suave de carácter, que prefería instruir a polemizar; lo que no impidió que el Concilio de Constantinopla, en 381, le llamara *"valiente luchador para defender a la Iglesia de los herejes que niegan las verdades de nuestra religión"*. Murió en Jerusalén a los 72 años de edad sobre el año 386.



San Cirilo ha merecido el título de Doctor de la Iglesia, por unos escritos muy importantes, llamados "Catequesis", en los que instruía a los recién bautizados sobre la penitencia, el pecado, el bautismo, las verdades de la fe y, de una forma bellísima, sobre la Eucaristía, como vemos en los textos que siguen:

«No piense nadie que el **Bautismo** fue dado solamente por el perdón de los pecados y para alcanzar la gracia de la adopción, como en el caso del bautismo de Juan, que confería sólo el perdón de los pecados; nuestro bautismo, como bien sabemos, además de limpiarnos del pecado y darnos el don del Espíritu es también tipo y expresión de la Pasión de Cristo. Por eso Pablo decía: *¿Es que no sabéis que los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo Jesús fuimos incorporados a su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte*».

«Despojaos, por la **Confesión** de vuestros pecados, del hombre viejo y vestíos del hombre nuevo, que se va renovando según el conocimiento de su creador. Adquirid, mediante vuestra fe, las arras del Espíritu Santo, para que podáis ser recibidos en la mansión eterna. Acercaos a recibir el sello sacramental, para que podáis ser reconocidos favorablemente por aquel que es vuestro dueño».

«Lo que, en la **Eucaristía**, parece pan no es pan, aunque tenga gusto de pan, sino el cuerpo de Cristo; y lo que parece vino no es vino, aun cuando así lo parezca al paladar, sino la sangre de Cristo; por eso decía David en los salmos: *El pan da fuerzas al corazón del hombre y el aceite da brillo a su rostro*; fortalece, pues, tu corazón comiendo ese pan espiritual, y da brillo al rostro de tu alma».

«Católica»: éste es el nombre propio de esta **Iglesia** santa y madre de todos nosotros; ella es en verdad esposa de nuestro Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios (porque está escrito: *Como Cristo amó a su Iglesia y se entregó a sí mismo por ella*), y es figura y anticipo de la **Jerusalén de arriba, que es libre y es nuestra madre**, la cual, antes estéril, es ahora madre de una prole numerosa».